

Mariano Fabris y Roberto Tortorella (comps.), *Democracia en reconstrucción: mosaico histórico de los años ochenta*. Mar del Plata, EUDEM, 2011, 205 páginas.

Por Nicolás Simone

(UBA)



*Democracia en reconstrucción* fortalece los estudios sobre la transición a la democracia en Argentina. Su aporte reside en que desplaza el paradigma clásico, que explicó el proceso en fórmulas condensadas y simplificadas, por otro más actualizado que incorpora formas más complejas de acercarse al pasado reciente. El resultado es un *mosaico* que atrapa algunas de las lógicas, prácticas y representaciones de sindicalistas, intelectuales, políticos y clérigos entre 1983 y 1987.

La pregunta que transita el texto es presentada por Roberto Tortorella e indaga si el año 1983 fue tan disruptivo como sería lógico creer o si, por el contrario, prevalecieron las continuidades. Las respuestas resultan complejas y contradictorias como buen reflejo de un *mosaico histórico*.

El artículo de Josefina Elizalde analiza la influencia del Grupo Esmeralda en el discurso alfonsinista, en referencia a aquellos intelectuales que se involucraron en la transición y especialmente, apoyando al nuevo presidente. Para ello, la transición española fue tomada como modelo a seguir y los intelectuales buscaron ayudar a Alfonsín a convertirse en un mejor líder socialdemócrata. El artículo muestra que, para este caso, primó una ruptura con prácticas políticas previas porque fue la primera vez que hubo lugar para los intelectuales y también porque dicha intervención planteó objetivos novedosos, tendientes a fortalecer la nueva democracia.

El artículo de Mariana Pozzoni estudia a la Junta Coordinadora de la Provincia de Buenos Aires, como grupo radical nacido en 1968 y alineado con Raúl Alfonsín desde 1972. Su objeto es la revista *Generación 83*, y los documentos partidarios titulados “La contradicción fundamental” y el “Manifiesto de una Generación Radical”. Para Pozzoni, los *coordinadores bonaerenses* definían entonces al radicalismo como un partido liberal, por lo cual era necesario un cambio que apelara a la movilización popular provocada por 1983. El discurso elegido combinó el bagaje de los años setenta

(nacionalismo-popular, reforma agraria, liberación, nacionalización del comercio y la industria) con otro que defendía el más estricto respeto a las libertades individuales. El grupo aumentó su poder en la época de auge del alfonsinismo pero, al compás de su fracaso, vio mermar su influencia hasta que la derrota electoral de 1987 marcó el principio de su final. En este caso, hubo continuidad con el pasado ya que la organización desarrolló un discurso que replicó la retórica de los setenta y prácticas partidarias clásicas.

El capítulo de Mariano Fabris está dedicado al Episcopado Argentino en torno a la sanción de la ley de divorcio de 1986. La cúpula de la Iglesia, por medio del Obispo de Mercedes, desplegó entonces una cruzada anti-divorcista en la que reivindicó su papel de guardiana de la identidad nacional. Esta estrategia contempló movilizaciones públicas y reuniones privadas, sin embargo, en la cúpula fue naciendo una corriente contemplativa con los nuevos tiempos y que se alejó de las acciones extremas. El gobierno fue permeable a la presión de la Iglesia y *dejó hacer* a sus legisladores, que avanzaron amparados en las ideas de modernización y actualización sobre bases laicas. Para este caso, hubo continuidad en las lógicas de la cúpula eclesiástica y también hubo cambios que se cristalizaron con la sanción de la ley.

El artículo de Carla Sangrilli analiza la cúpula sindical de la transición en torno a la elección de autoridades de 1986. El sindicalismo comenzó su reconstrucción hacia 1979, proceso

del que surgiera Saúl Ubaldini como ícono político del período. El fracaso de la ley Mucci unificó las ramas de la CGT y obligó al gobierno a normalizarla bajo las condiciones de los sindicalistas. Entre 1984 y 1986, se realizaron elecciones por entidad y quedaron tres líneas en disputa (el miguelismo, el ubaldinismo y los renovadores) que unificaron sus listas. La elite sindical vivió un proceso dual. Por un lado, produjo su recambio con una elite forjada al calor de las luchas contra el “Proceso” pero, por el otro, fueron dirigentes que ya contaban con una importante trayectoria en sus gremios. Esto hizo que reprodujeran prácticas y que se mantuviera la supremacía de los gremios industriales por encima de los de servicios.

Por último, el trabajo de Marcela Ferrari analiza la normalización del peronismo de la provincia de Buenos Aires de 1986. Prevalció en la lucha de facciones una lógica donde importaba más llegar al poder que confrontar ideas entre renovadores y ortodoxos. Si se analiza esta normalización en clave de la interna de 1988, se podría caer en el error de leerla bajo esa disputa y olvidar las prácticas propias que desplegó el peronismo. Estas prácticas oscilaron entre *tendencias centrífugas* (cuando los dirigentes intermedios veían conveniente abrir agrupaciones para posicionarse mejor ante los oficialismos partidarios) y *centrípetas* (cuando ante las elecciones generales, había que alinearse para lograr espacios de poder). Así, la fórmula *fragmentación y aglutinación* lo convirtió en la máquina más eficaz en la lucha por el poder.